



Como tantos otros acontecimientos de trascendencia histórica -económica y social-, pasados lustros o décadas, el año 2020 no ofrecerá ninguna duda a la hora de identificarlo, será el año del coronavirus, y nadie habrá olvidado como lo vivió y cuáles fueron los efectos en su vida del Covid-19.

Los efectos económicos y sociales en el tejido productivo, y también los personales en empresarios y trabajadores, que esta arrasadora pandemia ha dejado en la Industria, el Comercio y los Servicios del Metal, también tardarán años en superarse.

Incluso una vez superados, esos efectos habrán dejado su impronta en muchos aspectos de la actividad de las empresas de todos los sectores y cambios determinantes en la producción, la gestión y la organización de las empresas.

En lo que se refiere al Sector del Metal y en términos puramente numéricos, el ejercicio 2020 se cerró con un descenso del 14,2 por ciento en el índice de producción industrial, con una caída de la cifra de negocios del 13 por ciento, y retrocesos del 12,8 de las exportaciones de productos metálicos y del 15 por ciento de las importaciones.

En cuanto al mercado laboral, el número de ocupados en la Industrial del Metal cerró 2020 en 999.900, lo que supuso una caída del 0,5 por ciento, mientras el número de parados se situó en 55.400, lo que supone un incremento del 11,2 por ciento respecto a 2019.

Estas cifras con la constatación de que la crisis generada por el coronavirus, con todas sus derivadas, sanitarias, económicas y sociales, ha situado a las empresas de la Industria, el Comercio y los Servicios del Metal en un escenario crítico y sin precedentes en décadas, definido por el grave deterioro de la actividad productiva, la facturación, la entrada de pedidos, la exportación, la inversión y el empleo.

La Industria del Metal está sufriendo la caída del consumo y la inversión, los servicios se están viendo muy afectados por el parón de otros sectores como el Turismo, y el Comercio no podrá recuperarse mientras no lo haga el empleo. Además, al ser esta una crisis global, los mercados exteriores no servirán, como en anteriores crisis, de refugio y palanca de reactivación.

Este marco, ausente todavía de muchas certidumbres en cuanto a los plazos de vacunación reales que permitirán una inmunización grupal que permita eliminar restricciones sociales, la llegada y el destino de las ayudas y los créditos europeos que determinarán su eficacia, y las medidas de política económica nacionales que deberían servir de impulso y catalizador de la recuperación.

Sin ninguna de esas certezas, no es posible hacer previsiones mínimamente fiables a corto y medio plazo. No se podrán cambiar realmente los malos augurios actuales y continuará el deterioro del tejido económico y la destrucción de empleo como han venido a corroborar los últimos datos y previsiones económicos y laborales.

La actividad empresarial, muy especialmente la inversión y la contratación, seguirá ralentizada mientras no se despejen las numerosas incógnitas que todavía existen sobre el programa de medidas fijado para frenar el desastre, restablecer la normalidad, impulsar la competitividad de las empresas, recuperar la actividad y estabilizar un nuevo escenario económico.

Junto a ello, la llegada de los Fondos Europeos y, sobre todo, su correcta gestión y aplicación en proyectos realmente enfocados a mejorar la productividad y la competitividad y a generar empleo, serán decisivas para proteger de la destrucción al tejido productivo, especialmente a las pequeñas y medianas empresas que a pesar de todo están mostrando una resistencia admirable.

Las prioridades marcadas por la Comisión Europea para el uso de los fondos, centradas en proyectos destinados a la transformación ecológica y digital de la economía europea, deberían observarse estrictamente sin caer en la cortadía de miras y en los errores de la ideologización y la territorialización desprovistas de sentido económico práctico de unas inversiones que deberían primar la eficacia, la productividad y la sostenibilidad.

Y ello, sin olvidar la rapidez en su aplicación, una condición que puede comprometer el acceso a esa financiación ya que los planes de inversión que no cumplan los estrictos plazos establecidos para su definición y ejecución se perderán.

Pero, además, la llegada de los fondos y una recuperación real y sólida exigen medidas estructurales que sean palanca de modernización de nuestra economía, junto a la capacidad de resistencia y adaptación de las empresas españolas demostrada sobradamente en crisis anteriores.

Las dudas, los cambios de criterio y las ocultaciones en nada contribuyen a generar confianza en quienes deben liberar y controlar el uso de esos fondos y en los que, en última instancia, deberán convertirlos en actividad y creación de riqueza y empleo para el conjunto de la sociedad.

Un impulso de reindustrialización, seguridad jurídica, simplificación de procedimientos y coordinación de todas administraciones, dialogo social para definir un plan de reestructuración económica y laboral y coordinación en el marco de la Unión Europea son las claves para reducir y eliminar incertidumbres, acelerar y hacer la recuperación más sólida, y minimizar los costes económicos y sociales de la crisis.

Sin un plan de reestructuración económica y laboral, sin la coordinación en el marco de la Unión Europea y sin el consenso político necesario para impulsar medidas que contribuyan a reducir y eliminar incertidumbres, la recuperación será más lenta y menos sólida, y tendrá un mayor coste económico y social.

La economía española en su conjunto se enfrenta a un futuro marcado por la necesidad, cada vez más acuciante, de frenar el deterioro producido por esta crisis y revertir la actual recesión, lo que solo será posible con medidas que permitan mejorar la competitividad de nuestros bienes y servicios de forma sostenible.

Ello significa impulsar una economía basada en el conocimiento, incrementar la competitividad, en un marco regulatorio favorable, predecible y estable que permita a las empresas –y muy especialmente a las pequeñas y medianas- operar, invertir y promover la excelencia, la innovación y la sostenibilidad y atender a las amenazas del cambio climático y a la eficiencia en el uso de recursos.

Todo ello sitúa en un el punto central de la recuperación a la actividad industrial y viene a subrayar que, sin su innovación y su tecnología, y sin su contribución a un futuro sostenible para las personas y el medio ambiente, la recuperación de la senda del crecimiento económico será imposible.

Iniciar el camino de la recuperación exige, en primer lugar, el reconocimiento del papel nuclear que en ella debe jugar la Industria, cuya reactivación debería ser un objetivo global para todas las administraciones, los empresarios y los trabajadores y los representantes de ambos.

La clave del éxito de la economía española va depender en gran medida de cómo evolucione en los próximos años la Industria que, a pesar de la gravísima situación actual, bajo las condiciones adecuadas tiene un considerable potencial de crecimiento y de generación de empleo.

De las certidumbres y del apoyo a la Industria que “la política” sea capaz de generar, va a depender en buena medida que, en el ámbito económico, 2021 no sea un ejercicio perdido y acabe por convertirse en “el segundo año de la crisis de la pandemia” en lugar del “primero de la recuperación”.

***La recuperación económica
necesita certidumbres políticas***